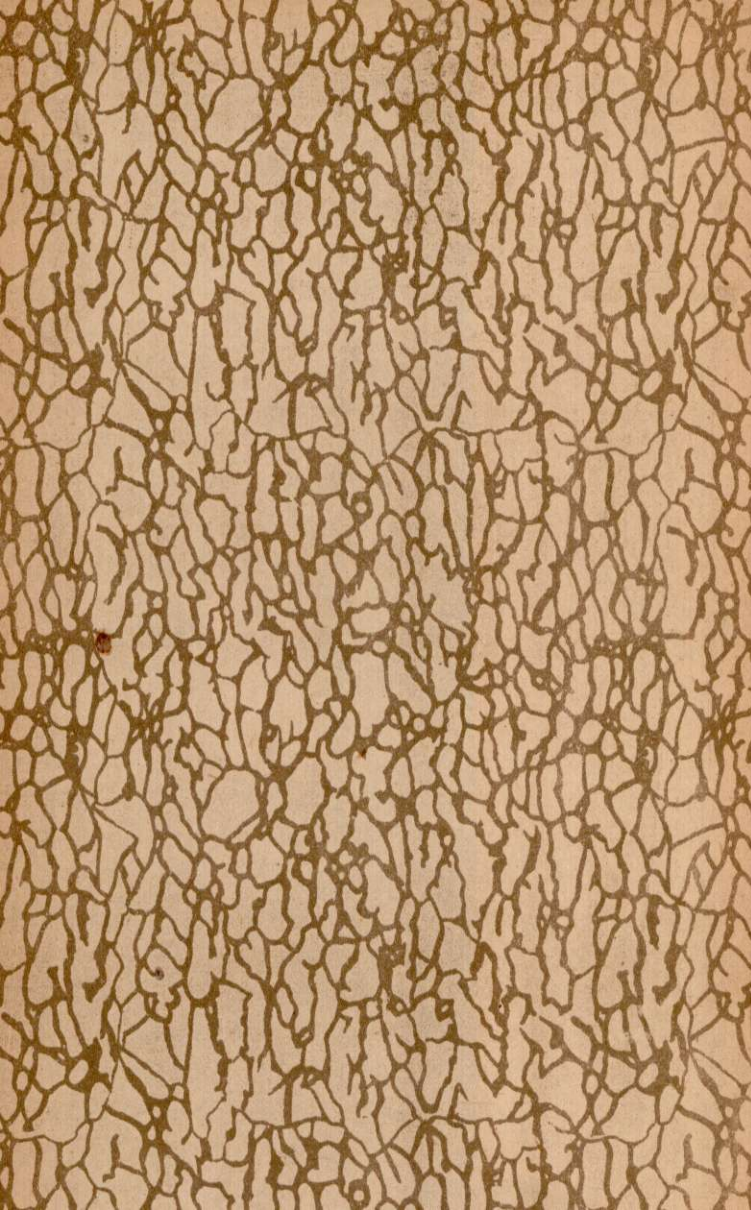








R/6062 DL-R-188
FRANCISCO VILLAESPESA

LÁMPARAS VOTIVAS

POESÍAS



BIBLIOTECA HISPANIA
SAN LORENZO, 10. — MADRID

—
1913



OFRENDA

Dona do por
Fagnola-López

Enacted
Diciembre 1.948

A María, la compañera inseparable de mi soledad, á la que con sus ojos dulces y suaves como su nombre, disipa las tinieblas de la noche oscura del alma, dedico estas piadosas lámparas votivas, para que iluminen perennemente su recuerdo.

67. Jese

LAMPARAS VOTIVAS

Te envuelve impenetrable y refulgente
un misterio, que sólo á mis antojos
deja ver las estrellas de tus ojos
bajo la media luna de tu frente.

Sobre tu altar de lises floreciente,
sueña la mirra, y sangran aún despojos
humanos... Y ante él, puesto de hinojos,
te adora todo cuanto calla y siente.

¡Salve Maris Stella! lauda el coro,
mientras flota en tu honor el incensario.
Y para que te alumbren con sus vivas

y temblorosas lágrimas de oro,
cuelgo estos versos en tu santuario,
como piadosas lámparas votivas!

LOS JARDINES DEL IDILIO

I

¿Aún conserva el jardín su regio encanto?
¿Resplandecen los mármoles triunfales
de las estatuas sobre los cristales
de los estanques? ¿Aún la luna el canto

del ruiñeñor platea con su llanto?
¿Madura el oro de los naranjales,
y al sol despliegan los pavos reales
los cien ojos floridos de su manto?

¿Aún en la noche tiene tu ventana
un tenue brillo de pupila humana?

• ¿El musgo aún cubre el solitario banco

donde mi mano te dejó prendida
una rosa, que fué como una herida
sangrando sobre tu corpiño blanco?

II

¿Aún subes á los altos palomares
á darles de comer á los pichones,
mientras el lis de las anunciaciones
deja el Angel al pie de los altares?

¿Aún llaman las palomas familiares
con el ala al cristal de tus balcones,
para que las adornes con listones
y engarces á su cuello tus collares?

¿También como Francisco, el solitario
de Asís, que al expirar tuvo un sudario
de golondrinas, en tu sueño esperas,

—¡Oh, lis que de piedad mi vida aromas!—
que amortajen tus restos, cuando mueras,
con sus cándidas alas las palomas?

III

La tarde gris. El cielo entristecido
llora en las vidrieras... Un piano
solloza, no sé dónde, tan lejano
que parece que surge del olvido.

Frialdad de mármol. Lo desconocido
su libro á mi inquietud ofrece en vano...
(¿Qué mano, dí, calentará su mano?
¿Qué nuevo acento alegrará su oído?)

En los jirones de la niebla espesa
se amortajan recuerdos... (Su mirada
en un rayo de luz mi frente besa).

Lenta la lluvia en los cristales llora...
Todo queda en silencio... Sombras... ¡Nada!
¿Qué estará haciendo Ella en esta hora?



IV

¿Aún al viejo jardín bajas temprano
como otras veces? ¿Junto al claro río
te peinas? ¿Los diamantes del rocío
recoges en el cáliz de tu mano?

¿Aún coronas de rosas al pagano
mármol del niño Dios en honor mío?
¿Las tórtolas se arrullan en el pío
silencio matinal? ¿Brotó el manzano?

¿Zumban en los rosales las abejas?
¿De la oriental palmera los racimos
recuerdan ya el color de tu cabello?

¿Y alegrar el silencio de tus rejas
volvió la golondrina á quien ceñimos
una cinta de seda azul al cuello?

V

El jazminero la ventana aroma.
El sol alhaja nuestro ajuar. Divina
paz. El canario en el alfeizar trina.
Pica trigo en tu mano una paloma

blanca como tu tez. La tarde toma
rusticidad de idilio en la vecina
huerta, y sobre la linfa cristalina
en acuarelas de ilusión se acroma.

Tu altiva castidad contemplo mudo,
mientras que con los ojos te desnudo
en un íntimo y pródigo diseño,

y al imposible de tu amor sonrío...
Se va apagando el sol... ¿Por qué, Dios mío,
no ha de ser realidad tan dulce ensueño?

VI

¿Por los verdes senderos de tu huerto
resuena aún el cascabel de plata
del galgo en cuyos ojos se retrata
la humeante lujuria del desierto?

¿Aún á tus ojos, con el salto experto
que el vigor de sus músculos delata,
entre sus dientes á la presa mata?...
¡Alguien así mi corazón ha muerto!

Al contemplar sangrando, palpitante,
la presa en la blancura de sus dientes,
¿no se vuelven á mí tus pensamientos?

Y al evocar mi corazón amante
y tus manos crueles, dí, ¿no sientes
sangrar tus manos de remordimientos?

VII

¿Sus paisajes de plata en tu ventana
esmalta el plenilunio? ¿Sobre el clave
resucita tu mano la suave
sonoridad de una canción lejana?

¿En su frágil prisión de porcelana
se deshoja una rosa con su grave
resignación de física?... ¡Quién sabe
si es una rosa ó es un alma humana!

¿Por qué al ver en el vaso transparente
disiparse en un llanto fugitivo
de pétalos, la rosa, se acongoja

tu pobre corazón?... ¿Acaso siente
que la flor de su espíritu, cautiva,
en su vaso de carne se deshoja?

VIII

En la nocturna soledad derrama
el plenilunio su blancor. Alisa
mi melena un recuerdo. Una sonrisa
inolvidable brota en cada rama,

como una flor de púrpura. En la gama
de las hojas parece que indecisa
mi nombre dice, al resbalar, la brisa...
(Amor, la brisa ó Ella, ¿quién me llama?)

Todas las rosas del cariño ausente
deshojo en el jardín, una por una,
bajo la paz de la arboleda espesa...

Sobre el pálido mármol de mi frente
deja un beso la Luna... (Amor, la Luna
ó su mirada, dime, ¿quién me besa?

IX

En tu propio palacio eres cautiva.
El lujo con sus oros te encadena.
Te agostas ¡oh, romántica azucena,
en tu vaso de plata! Fugitiva

pasa la vida, sin que la perciba
tu anhelo ¿Tú no sueñas la cadena
de rosas del amor y una serena
paz inefable?... Dime, ¿estás aún viva

para el ensueño que los dos tejimos
en las divinas horas silenciosas?

¿Aún viviremos lo que no vivimos?

¿Serán la humilde casa, el claro río,
los ruiseñores y el jardín de rosas
sólo un sueño romántico de estío?

X

Tú también, tú también sientes la huraña
sensación angustiosa del vacío...
Sólo el recuerdo de un dolor sombrío,
tenaz y silencioso te acompaña.

Aun dentro de tí misma eres extraña
para tus propios sueños... Tu atavío
es tu sudario. ¿En dónde el claro río
y la blanca casita en la montaña?

¿Dónde el sueño de paz y amor? ¿La mano
y las dulces palabras del hermano,
y sus pupilas y sus labios?... ¿Dónde?...

Hostil es todo. Hasta la luz te esquiva...
¡Y el lujoso palacio que te esconde
es una tumba donde yaces viva!

XI

Todo nos fué propicio en aquel día;
Naturaleza entera conjurada
estaba á mi favor. En tu mirada
desnuda el alma se ofreció. Tenía

tu rostro palideces de agonía...
Tu voz era una rosa deshojada...
¿Qué faltó? Un ademán, un gesto..., nada,
tender la mano para hacerte mía.

¿Volverá á repetirse aquel momento?
¿Penetraré de nuevo en tu aposento?
¿En él acaso, tu ilusión me espera?

La incertidumbre mis ensueños trunca,
pues si una voz me dice: —¡espera! ¡espera!,
otra voz me responde: —¡nunca! ¡nunca!

XII

¿Aún amas lo imposible? ¿En la morisca
cámara donde yaces prisionera,
con el opio mortal de la quimera
alimentas tus ocios de odalisca?

¿Aún el rebaño de tus sueños trisca
en la lujuria de una primavera
oriental? ¿Aún felina reverbera,
ébria de luna, tu pupila arisca?

¡Oh, Julieta!, ¿quisiera tu deseo
que trepase la sombra de Romeo
de nuevo á tu balcón? ¿Anhelas sólo

expirar en un beso, atravesada,
nueva Francesca, por la misma espada
que entre tus brazos traspasó á Paolo?

XIII

La fiera de mi carne está ya ahita,
y bostezando náuseas se ha dormido...
(¿Maduró ya el granado que, escondido,
el hambre torba del viajero evita?)

Saciada ya su sed, mi ardor dormita
como un ébrio que al sueño pide olvido...
(Oculto manantial ¿á dónde ha ido
tu frescura lustral de agua bendita?)

Estos ojos viciosos é imprudentes
lanzan venenos, como las serpientes,
y estas manos voraces son dos hienas...

Mi sangre el cáliz de su boca aroma...
(En dónde están tus ojos de paloma?
¿en dónde están tus manos de azucenas?)

XIV

Eres más frágil que la porcelana
donde sorbes el té. Tienes el tono
de un marfil japonés y el abandono
del crisantemo, que la hueca y vana

pompa de tus cabellos engalana.
¡Tanta suntuosidad reclama un trono!...
¡La tenue suavidad de tu kimono
es menos fina que tu seda humana!...

El té perfuma el cenador. La luna
en los marfiles y en la laca esmalta
sus paisajes de arroz... Tu pie vacila

de exiguo al caminar... Para ser una
imposible «musmée» sólo te falta
la dulce oblicuidad de la pupila.

XV

¡Acuérdate de mí!... Tu voz, la brisa
del jardín y aquel rayo de la luna
que al platear tu tez engarzó una
lágrima de infinito en tu sonrisa!...

«¡Acuérdate de mí!...», y la sumisa
caridad de tu voz sembró en mi duna
la flor de una esperanza... La fortuna
vertió en mi alma el oro de su risa...

«¡Acuérdate de mí!...» Tu acento era
para mi corazón la Primavera
nueva... La tierra apareció florida...

«¡Acuérdate de mí!...», y con tu llanto
resucitaste al ruiñeñor del canto
en las marchitas selvas de mi vida!

XVI

Estoy triste, Señor... Anhelos siento
de llorar en algún rincón obscuro
igual que en mi niñez... Presentimiento
de algo que va á llegar, sombra en el muro,

eco de ignota voz, fugaz aliento
que empaña mi cristal, ¿á qué conjuro
forma habéis de adquirir?... Es un convento
la estrecha vida en que morir procuro.

Siento sobre mis hombros el agobio
de veinte siglos de prejuicios... Lloro
dentro del corazón mi ensueño herido...

¡Oh, virgencita, no vendrá tu novio!
Pasó—sombra de un pájaro—la hora...
¡Los dos inútilmente hemos vivido!

XVII

¿Siempre será la negra vestidura,
la frágil seda que tus formas vela,
para el celoso amor que me desvela
impenetrable como una armadura?

¿Nunca á la paz de tu ribera pura
arribará mi errante carabela?
¿ni á mi amor abrirá su áurea cancela
el sellado jardín de tu hermosura?

¿Es posible, que en ti, naufrague todo
anhelo de esperanza? ¿No habrá modo
de llegar hasta ti? En la imposible

serenidad astral de tu mirada,
leerán siempre mis ojos: —Nada, nada
esperes de mi amor... Soy lo imposible

XVIII

No volveré á gozar en tu mirada
la luz del Paraíso, ni el fragante
reposo de tu seno palpitante
servirá á mis cansancios de almohada,

que un ángel silencioso, con su espada
de fuego, en los umbrales vigilante,
guarda la estrecha puerta de diamante
de mi perdido Edén única entrada.

Jamás mi alma renacer espera
en la paz de tu eterna Primavera.
Para siempre tus rosas he perdido...

¡Oh, Paraíso de mi amor postrero,
cuya entrada defiende con su acero
el ángel silencioso del Olvido!

SUAVIDADES PARA LA SUAVE

I

Tienes facciones tan finas
y tallè tan delicado,
que Velázquez no ha logrado
retratarte en sus Meninas.

Velan tus formas divinas
guardainfante de brocado,
y el corpiño engorguerado
con encaje de Malinas.

Las quimeras más gallardas
te rinden sus alabardas;
y tras tus pomposos trajes

de antigua infanta española,
van mis versos, como pajes,
sosteniéndote la cola.

II

«¡Amor imposible!...» Lloro
bajo tu mano el piano,
cual si sufriera tu mano
la pena que me devora.

Gime la queja sonora:
—Lloro también, sueño vano
de esta noche de verano,
que pronto vendrá la aurora!

«¡Amor imposible!» ¿Oiste
algo más dulce y más triste
—¡oh, fragante remembranza!—

que su voz, cuando á mi oído
dejó un recuerdo de olvido
perfumado de esperanza?

III

Nieva... La ciudad reposa
en paz bajo la nevada.
¡Parece que está encantada
bajo el mármol de una fosa!

¿Por qué aún me das generosa
el calor de tu mirada,
si en mi lúgubre enramada
no queda ya ni una rosa?

Una paloma aterida
va recobrando la vida
de tus senos al abrigo...

Y el corazón se querella:
—¡Si lo que has hecho con ella
quisieras hacer conmigo!

IV

¡Cuanto gozara á tu lado,
en la ausencia he padecido!
Una lágrima he vertido
por cada beso que he dado.

A la vez que mi pecado,
tu amor mi expiación ha sido,
que el amor me ha redimido
del crimen de haberte amado.

Al placer de conocerte
sólo en lo intenso se iguala
la amargura de perderte...

¡Más venturas ó dolores,
ningún otro amor exhala
el olor de tus amores!

V

Ruiseñor, ¿qué pena es esa,
la que en tu canto suspira?
¿Alguna ilusión que expira
bajo un amor que la besa?

¿Amor ó dolor expresa?
¿Es la suprema mentira
del alma que gira y gira
en cárcel de rosas presa?

Y el ruiseñor más doliente
sigue trinando, con una
cristalina voz de fuente...

Y parece que su canto
se va deshojando en llanto
de rosas, bajo la luna.

VI

¡Cuántas veces!, ¡cuántas veces
vino á sorprender el día
el palor de mi agonía
al pie de tus ajimeces!

¡Oh, ciprés! ¿No te estremeces
como en la noche en que mía
fué la fragante poesía
de sus castas palideces?

¿No recuerdas, blanco y claro
surtidor, cuando, al amparo
de los ramajes espesos,

salpicaste de diamantes
los rostros de los amantes
enguirnaldados de besos?

VII

En el viejo invernadero,
como está tu mano ausente,
sin cuido, va lentamente
muriéndose el jazminero.

Sólo le queda un postrero
jazmín. Su blancor silente
se deshoja suavemente
con temblores de lucero.

Como lágrima de seda
una hoja al césped rueda.
Y yo digo, presintiendo

la soledad que te hiere:
—¡Si tú te estarás muriendo
como ese jazmín se muere!

VIII

Corazón y fantasía,
fantasía y corazón,
las únicas causas son
de tu pena y de la mía.

Idéntica es la agonía,
idéntica es la aflicción.
Tú te mueres de ilusión
y yo muero de poesía.

¡Realidad y Vida?... ¡Bueno!...
¡Callad! El mismo veneno,
aun cuando el nombre varía.

Vida y Realidad ¿qué son?
Corazón y fantasía,
fantasía y corazón!

IX

Ella descansando ahora
estará en su aposento,
y el sueño podrá un momento
calmar la pena que llora.

A mí me hallará la aurora
solo con su pensamiento,
que es tan voraz mi tormento
que hasta el sueño me devora.

Ya no tiene mi alma avara
joyas para sus antojos,
ni mi cuerpo carne para

alimentar su deseo...
¡Cuándo te verán mis ojos
como sin ellos te veo!

X

Amor dobla la cabeza
y se postra suspirante,
temblando ante el fulgurante
recuerdo de tu belleza!

¡Salve, divina altiveza
de toda altivez triunfante!...
¡No rayó ningún diamante
el cristal de tu pureza!

Para perfumar tu fausto,
como lírico holocausto,
deposito en tus altares

mis ensueños y mis penas,
¡hechos ramos de azahares
y guirnaldas de azucenas!

XI

Retuvo mi mano amante
tu blanca mano cautiva,
mientras en la fugitiva
complicidad del instante,

vi brillar como un diamante
una lágrima furtiva,
resbalando por la altiva
palidez de tu semblante!

Silencio, después... Y en tanto
que te enjugabas el llanto,
suspiraron los antojos

imposibles de mi anhelo:
—¡Oh, quién fuera tu pañuelo,
para enjugarte los ojos!

XII

Toda la angustia sufrida
mi corazón te reintegra,
¡oh, tú, la constante y negra
pesadilla de mi vida!

Bajo tu boca florida
mi mustio jardín se alegra,
¡y su perfume se integra
con tu fragancia perdida!

En las sombras del pasado,
al viento de mi locura
¡cómo aun arden los despojos

de aquel amor condenado
á la hoguera de la obscura
inquisición de tus ojos!

XIII

El rostro en llanto deshecho,
sobre los puños la frente,
recuerdo tu amor ausente,
sentado sobre mi lecho.

De celos y de despecho
crujir mi carne se siente,
y el insomnio rudamente
sus uñas clava en mi pecho.

Entre mis labios besando
tu nombre adormecí, cuando
despertándome sentí

una voz que me decía:
—Despierta ya, vida mía...
¿Por qué no piensas en mí?

XIV

Dijeron á mis tormentos
que andas pálida y enferma,
y que á simple vista merma,
flor, tu salud por momentos.

¿Te deshojarán los vientos
sobre la floresta yerma?
¡Cómo quieres tu que duerma
con tan tristes pensamientos!

Cruzo, pensando en tus males,
por los parques otoñales
que el viento deshoja, y cuando

alguna campana llora,
me detengo sollozando:
—¿Habrás muerto en esta hora?

XV

¡Fatalidad del destino,
tu has destruído el encanto
de la vida!... ¡Sólo espanto
has dejado en mi camino!

Trocaste el sollozo en trino
y ahogaste el dolor en canto,
agriando mi pan con llanto,
mezclando sangre á mi vino.

Por ti mi senda es de abrojos,
solitaria, muda, horrible,
nuevo Calvario sin luz...

¡Y hasta has puesto ante mis ojos
esta pasión imposible,
como el Inri de mi cruz!

XVI

¿Por qué tu amor me intimida
de tal guisa, que al hablarte
tiembla, sollóza y se parte
mi pobre voz dolorida?

¿Qué eres tu para mi vida
que no me atrevo á mirarte,
por temor á profanarte
con mis ojos? ¿Qué prohibida

. felicidad en ti existe
que ni á soñarla se atreve
mi alma enamorada y triste?

Sediento en la fuente echado
que ve el agua y no la bebe...
¡Tal es mi amor á tu lado!

XVII

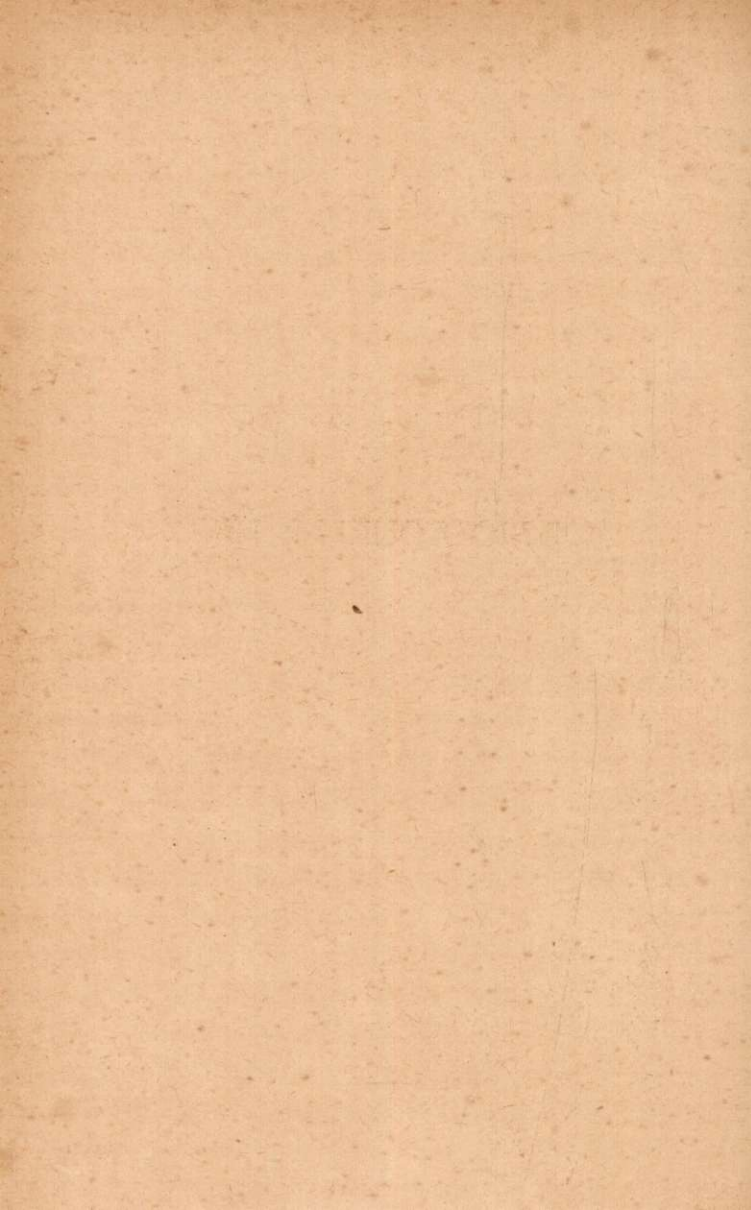
¡Qué pena puede igualar
á la pena de saber
que aun cuando te vuelva á ver
en ti no podré saciar

esta eterna sed de amar,
porque se aumenta al beber!...
¡Lo más triste del querer
es querer sin esperar!

Y yo, ¿qué espero de ti
si eres mi condenación
desde que te conocí?

Tus aguas ponzoñas son...
¡Qué mala fuente te dí
para beber, corazón!

.... BAJO AQUELLA PAZ.....



I

Y bajo aquella paz, con la alegría
de un secreto que rasga de improviso
su túnica, tu blanca mano quiso
desnudar sus pudores y ser mía.

En los espejos cárdenos moría
el oro del crepúsculo indeciso,
y tu mirada un nuevo Paraíso
á mis ojos atónitos abría.

Nada turbó el nupcial recogimiento
del salón, al crepúsculo dormido.
La eternidad detúvose un momento...

Y sin un beso, sin hablarnos nada,
como nadie jamás se ha poseído
nos poseímos con una mirada!

II

Ninguna gema le prestó su alhago
de luz. No es lirio de cristal sonoro,
ni esbelta copa de marfil y oro,
el tosco vaso en que mi sed apago.

Mas de él el cáliz de mis misas hago,
porque en sus tosquedades rememoro
los paraísos que perdidos lloro...
A las frondosas márgenes de un lago,

en la corteza de una rama viva
para ti lo tallé, como votiva
ofrenda. Y siempre que sus aguas bebo,

nuevamente por ti de amor me abraso,
porque no en balde prisioneros llevo
los moldes de tus senos en mi vaso!

III

Suspende, corazón, ese alborozo
que te invade al mirarla, porque es ella
para tu loco afán, como una estrella
encantada en el fondo de algún pozo!

¡Confórmate, pupila, con el gozo
de adivinarla y contemplarla bella!...
Nunca la nombres, alma... ¡El labio sella,
y has de tu eternidad su calabozo!

No soñéis, pobres manos, con sus cálidas
suavidades... ¡Oh, pobres manos pálidas
de tanto acariciar vuestra quimera!

Primero el niño alcanzará á la luna,
que vosotras toquéis siquiera una
hebra flotante de su cabellera!

IV

Trémulo el flanco y palpitante el seno,
á la acuosa caricia te ofreciste,
y por todos tus poros recibiste
la voluptuosidad del mar sereno.

Y al contemplar mis ojos aquel pleno
goce del mar, y como enrojeciste
á sus besos, mi carne sintió el triste
y celoso amargor del bien ajeno.

El mar se estremeció bajo tus blondas
turgencias, en el lúbrico delirio
de poseer tu ecuánime tesoro...

Mas, para defenderte de las ondas,
el sol cubrió tu desnudez de lirio
con su armadura fúlgida de oro!

V

Tarde de otoño... Paz... No hay una nube
en el cielo que el sol poniente dora,
y el crepúsculo es como una aurora
que de los lagos encantados sube...

Tarde de otoño... Paz... No hay una nube
en la unción religiosa de la hora...
¡La tierra entera, arrodillada, ora
bajo las blancas alas del querube!

¿Viví esta hora ó la soñó mi anhelo?
En la paz de la tarde religiosa
sobre el remanso, al inclinar la frente,

todo el oro de otoño se hizo velo
para envolver tu aparición radiosa,
en el espejo azul de la corriente!

VI

De blanco en la marmórea escalinata
del cándido jardín, pareces una
estatua de alabastro que la luna,
al bañarla en su luz, la cambia en plata.

Un idilio de cisnes se retrata
en el claro cristal de la laguna,
mientras alegre el surtidor, alguna
perla de luz de su collar desata.

En la paz luminosa del sendero,
en tanto que tus besos me dan muerte
y tus pudores á mis plantas huellas,

á impulsos de mi mano, el jazminero
sobre la noche de tus rizos vierte
el bautismo de luz de sus estrellas.

VII

Me fatiga la música. Retira
tu mano del piano, que despierta
algo dormido en mí. La herida abierta
vuelve á sangrar, mientras tu voz suspira.

De nuevo el alma condenada gira
en círculo fatal. ¿Por qué entreabierta
dejó tu mano la encantada puerta,
para dar paso franco á otra mentira?

La música me angustia con su horrible
remembranza; me evoca el imposible
amor maldito que me está vedado,

fruta sabrosa del cercado ajeno,
anhelo loco de imposibles lleno,
cuanto más imposible más amado.

VIII

Cuando en inmundo tálamo deshecho
mis ardores aplacan su fiereza,
y abre las rojas fauces y bosteza
el león del deseo satisfecho,

nostálgico suspiro hincha mi pecho,
y mis ojos, sedientos de pureza,
sueñan con el pudor de tu belleza
y la intacta blancura de tu lecho.

Al aspirar los lúbricos olores
de la carne á mi lado adormecida,
siento asco de mí mismo... ¡Quién pudiera

absorber el perfume de tus flores!..
¡Purificar las lacras de mi vida
con el aroma de tu primavera!

IX

Yo le pregunto á veces con respeto
á mi alma: —¿Podrán aún sus pupilas
contemplar el diamante en las tranquilas
aguas, y ver la lágrima en el quieto

zafir crepuscular de mi soneto?
¡Oh!, corazón avaro que vigilas
los tesoros románticos que apilas
en la cueva sin fin de tu secreto,

¿Cuándo te atreverás á abrir la puerta
á la esperanza que llorastes muerta
y que hoy más bella en tus recuerdos vive,

para decir á su divino orgullo:
—¡El homenaje de mi amor recibel...
Todo cuanto atesoro, todo es tuyo?

X

Para el lírico ensueño de mi vida,
en la paz del crepúsculo amaranto,
en tu jardín resucité al encanto
maravilloso del jardín de Armida!

¿Dónde la gruta azul y la florida
glorieta tutelar? ¿En dónde el canto
del ruiseñor y el silencioso llanto
de la fuente entre rosas escondida?

¿Y dónde tus jardines, las carnales
granadas de tus labios y las pomas
maduras de tus senos otoñales?

¡Sólo en mis manos la nostalgia queda
de tibias timideces de paloma
bajo una tenue suavidad de seda!

XI

Mano que yo besé tímidamente,
temiendo que mi beso deshiciera
sus jazmines de nieve... Primavera
con que sueña el invierno de mi frente...

¿Cuándo regresarás, pálida ausente,
á cerrar mis heridas? Hechicera,
para sanar, tus bálsamos espera
mi herido corazón convaleciente!

Sueña mi soledad con el encanto
de tus caricias suaves y lejanas...
Cuando vuelvas ¡oh, pálida ilusoria!

á ungir mis penas con el óleo santo
de tus piedades, todas las campanas
de mi pasión repicarán á gloria!

XII

La madre selva que al balcón se enreda
la noche de tu cámara trasmina,
mientras el ruiseñor insomne, trina
en el mármol lunar de la arboleda.

En la ceguera del espejo, queda
sólo una opaca claridad marina...
¡Para velar tu desnudez divina
la blanca noche convirtiose en seda!

Y tu silencio y el silencio mío
colaboraron á rimar á besos
un nocturno simbólico de estío.

Noche de paz y luna... Noche tibia.
¡Ay! ¿no sentiste, blanquear tus huesos,
bajo el beso lunar de mi lascivia?

XIII

¡Oh, tu blanco regazo! ¡En él quisiera
eternamente suspirar cautivo,
amarrado á tu seno por el vivo
dogal de tu nocturna cabellera!

Aún surca el mar mi lírica galera,
con su áurea quilla. En mi jardín estuvo
aún queda para ti como el lascivo
perfume de la muerta Primavera.

No se ha apagado aún; no se ha apagado
el fuego de mi lámpara. Su llama
ilumina tu alcoba y puede aún darte

una ilusión de luz... Todo ha pasado,
y hasta el violento impulso de la brama
perdió su fuerza y transformose en arte!

XIV

Cara á mis ojos y á mis manos cara,
bálsamo y suavidad... Unico amparo
de mi dolor... En mis tormentos faro
y en mis desiertos la cisterna clara.

Más dulce para mí que el oro para
las sórdidas pupilas del avaro...
Reposorio de paz, lecho preclaro
que la piedad del cielo me depara,

al fin de mi camino, cuando exhausto
de cansancio y dolor desfallecía...
Hoy, al partir, en lírico holocausto

á la piedad que para mí destellas,
sobre tu sien coloca mi poesía
esta corona de catorce estrellas!

EL ROSARIO DE AMATISTAS

I

¿De qué valen torreones,
fosos, murallas y almenas,
los guardias y las cadenas
y los hierros que me pones?

¿Qué importa que me aprisiones,
si no pueden tus condenas
poner grillos á mis penas
ni mordaza á mis canciones?

Siempre, para hacerte mía,
hallará mi fantasía
en su quimérico empeño,

á todas horas abierta
la maravillosa puerta
del alcázar de mi Ensueño!

II

Un sueño fué mi pasado...
Si un sueño no hubiera sido
¿tan pronto te hubieras ido
cual te fuiste, de mi lado?

En un sueño te he encontrado
y en un sueño te he perdido...
Tu amor fué como un olvido
de recuerdos perfumado.

Un olvido de las prosas
cotidianas de la vida,
un paréntesis de rosas

que no pueden deshojarse...
¡Sueño que nunca se olvida
pues siempre vuelve á soñarse!

III

¡Que partieras fué preciso
amor, para conocerte!...
Hasta después de perderte
¿quién te llora, Paraíso?

Mi mala fortuna quiso
que te perdiera sin verte...
Ante el rigor de la suerte
¿quién no se inclina sumiso?

¿Cuándo enjugarás mi lloro?
¿Cuándo, lámpara de oro,
darás luz á la espelunca

donde me muero esperando?
Y á mi voz que grita: —¿Cuándo?
el eco responde: —¡Nunca!

IV

Tu cuerpo en la danza gira,
mientras tus rizos ondean
y tus ojos centellean
tras velos de cachemira,

mi amor atónito mira
cómo tus brazos blanquean,
y según se abren ó arquean
surge la cruz ó la lira!

¡Oh, blanca lira de bodas,
si capaz mi mano fuera
de hacerte vibrar con todas

las cadencias del Pecado!...
Cruz de marfil, ¡quién pudiera
ser en tí cruxificado!

V

De la estéril florecencia
de mi juventud viciosa,
tan sólo queda una rosa
que tiembla en la indiferencia

de la tarde gris. Su esencia
perfuma la silenciosa
paz del jardín, de una unciosa
resignación. Tu indolencia,

tu timidez, todo eso
que hizo imposible mi beso
en tus labios, ahora son

como parques otoñales
donde mueren los rosales
postreros del corazón.

VI

Lloran de pena las aves
al verme por tí llorando,
¡amor, que me estás matando
y que me matas no sabes!

¿Cuándo tus dedos suaves
cerrarán mis ojos? ¿Cuándo
me vas á entregar, temblando,
de tus jardines las llaves?

¿Nunca aspiraré tu aroma,
flor de imposibles? Paloma,
¿nunca escucharé tu arrullo?

¿Rendirá al fin su furor
el demonio de tu orgullo
bajo el angel de mi amor?

VII

¡Qué angustioso padecer!
Cuando tornes á mi lado
de tanto como he penado
no me vas á conocer!

Ni aun dormir puedo, mujer,
pues mis ojos han jurado
no cerrarse, dueño amado,
hasta no volverte á ver!

A todos los vanos ruidos
ensordecí mis oídos.

Mas, ¿para qué quiero oír

si la palabra de calma
y de paz, sólo á mi alma
tú se la puedes decir?

VIII

Esta es la misma glorieta
y el mismo jardín es éste,
dormido bajo el celeste
dosel de la tarde quieta.

Aún recuerda la violeta
el perfume de tu veste,
y añora el sendero agreste
lo fino de tu silueta.

Todo está igual. Sin embargo
hay como un reproche amargo
en el jardín diluído...

Algo que dentro de mí
suspira: —Si ella se ha ido
¿para qué vuelves aquí?

IX

Tu nombre es como un aroma
de suavidad. En él trina
la fe de la golondrina
y el candor de la paloma.

Entre mis labios asoma
como un rezo, y en la fina
copa de mi sed divina
dulzuras de panal toma.

¡Oh, nombre santo! Poesía
suprema, bondad que arranca
la espina del corazón...

Tú serás en mi agonía,
para mi lengua, la blanca
hostia de la extremunción!

X

Igual que la luna llena
calma el furor de los mares,
tu presencia los pesares
de mi corazón serena.

Si te alejas, á mi pena
aún le quedan sus cantares;
eslabones tutelares
de esta inrompible cadena!

Cadena que nada parte...
¡Ni la dicha ni el tormento
podrán romper estos lazos!

Que nadie podrá arrancarte
ni presente, de mis brazos,
ni ausente, del pensamiento!

XI

En el campanil cercano
repica con alegría
la campana... Florecía
el viejo sueño cristiano.

El sol doró tu ventano,
y el ángel del mediodía
murmuró: —¡Salve María!,—
dejando un lirio en tu mano.

Y en tu místico fervor
aún llegas á imaginarte
que pasar puede el amor

por tu seno virginal,
sin romperte ni mancharte,
como el sol por un cristall

XII

¡Gaviota, gaviota!,
¿en la arena de la playa
viste á la ausente? ¿Se halla
resignada á su derrota?

¿Qué nuevo huracán azota
sus pensamientos? Desmaya
ó de nuevo el vuelo ensaya
hacia una esperanza ignota?

¡Gaviota, á su presencia
torna y dile que la ausencia
ha deshojado mis galas

y está acabando conmigo!...
¡Ay, para volar contigo
quién pudiera tener alas!

XIII

Tu recuerdo me acompaña
por cualquier senda que tomo.
El unge de cinamomo
las noches de mi cabaña.

Conmigo va á la montaña,
lo miro en el mar, si asomo
mi faz... ¡Aun conserva el pomo
la esencia sutil y extraña,

que en él vertieron un día
tus manos, Saudade mía!...
¡Tus manos, blancas doncellas

que hilan, — trabaja y trabaja, —
con tus guedejas tan bellas
el negror de mi mortaja!

XIV

El sol incendia el Poniente...
Brisa del mar, si á ella llegas,
en tanto que alegre juegas
con los rizos de su frente,

dí á su oído, dulcemente,
si mis besos no le entregas,
que están mis pupilas ciegas
de tanto llorarla ausente!

¡Ay! si la vieres bañada
en llanto, pasa de prisa
y de mí no le hables nada...

¡Mas las perlas de su lloro,
recoge y tráemelas, brisa,
para engarzarlas en oro!

XV

¡Oh, las noches venturosas,
cuando el amor nos ligaba,
—carne esclava y alma esclava—
en sus cadenas de rosas!

Las brisas siempre olorosas;
todo hiedras, todo lava...
La misma fuente saciaba
nuestras bocas ardorosas!

Nuestro amor al fuego echamos...
Mas aún su brasa nos quema...
¿No recuerdas cuando fuimos

consonantes de un poema,
que en un abrazo empezamos
y en un beso concluimos?

XVI

Más lágrimas que derrama
el surtidor de una fuente,
vierte, llorándote ausente,
el corazón que te ama!

Aún me calienta tu llama...
Aún mi anhelo te presiente...
¡Como un jardín floreciente
tu recuerdo me embalsama!

Alta noche... Ni aun el viento
se mueve... La luna envía
tu beso á mi pensamiento...

Todo, todo se durmió...
¡Sólo velan, alma mía,
la luna, tu amor y yo!

XVII

Cuando casi en los confines
de la muerte me veía,
tu mano me abrió, alma mía,
el frescor de tus jardines!

¿Dónde pensamientos ruines,
dónde la melancolía,
si el agua alegre corría
perfumada de jazmines?

¿Quién piensa en la airada flecha
y en los rostros cejijuntos
y en las miserias de ayer,

cuando en sus brazos estrecha
el cielo y la tierra juntos,
hechos carne de mujer?

XVIII

Suave como la azalea,
blanca como la celinda...
Tu mirada cielos brinda
y tu aliento mundos crea.

Mi vida expirar desea
entre tus brazos, Arminda,
bajo tus labios de guinda
donde el amor picotea!

Cantas, cantas con tal arte,
que á las alondras obligas
á callar para escucharte.

Y eres tan leve, tan leve,
que pasas por las espigas
y ni una sola se mueve!

XIX

En tu cámara atesoras
y con tu luz avalías,
las más ricas pedrerías
y las guzlas más sonoras.

Son crepúsculos y auroras
velos de tus fantasías...
¡Tus heraldos son los días
y tus cautivas las horas!

Tus ojos son una eterna
fiesta de estrellas de oro
en mi lóbrega cisterna...

Y yo en el brocal, sombrías
lágrimas de sangre lloro...
¡porque nunca serán mías!

XX

Fuiste como el arca santa
del amor de mis amores...
Sueño de Abril, dí, ¿qué flores
florece bajo tu planta?

¿Qué nuevo ruiñeñor canta
á la luna sus dolores?
¿Qué nuevos brazos traidores
son dogal de tu garganta?

Golondrina ¿de qué alero
colgaste tu nuevo nido
que en vano tu vuelta espero?...

¡Oh, tú, mi esperanza única!
¿sobre qué lecho ha caído
la blancura de tu túnica?

XXI

A un mármol clásico igualas
con tu blancura, ilusoria
imagen, que en mi memoria
tu antigua fragancia exhalas.

En sus homéricas galas
te envuelve altiva mi gloria..
¡Para ser una Victoria
sólo te faltan las alas!

En glorioso simulacro,
sobre el mármol blanco y sacro,
tu imagen esculpiré

¡oh, infatigable amazona!
con la piel de una leona,
sangrando bajo tu pie!

XXII

Qué me importa la distancia,
mares y tierras, si aún siento
tu amor en mi pensamiento
y en mis manos tu fragancia?

¿Si aún la dulce resonancia
fugitiva de tu acento,
en mi corazón, el viento,
para consolarme escancia?

Todas las noches, tu mano
abre á este amor sobrehumano,
de tus edenes la puerta...

¡Maldita la luz del día,
porque sueño que eres mía,
y del sueño me despierta!

XXIII

Qué vale adarga y loriga
contra tí, Amor, si tu flecha
va, por los ojos, derecha
al corazón?— ¡Que maldiga

otro tu saña enemiga,
que yo aun cuando de esta hecha
pierda la vida, deshecha
por el mal que me atosiga,

bendeciré tus rigores,
porque me das sus favores...
La pena más larga es corta

para el bien que me has brindado...
Después de haberla mirado,
morir, Amor ¿qué me importa?

XXIV

Pasa día y noche una
princesa, hija del Rey moro,
hilando junto al sonoro
espejo de la laguna.

Maldice de la fortuna,
queriendo hilar el tesoro
de su túnica, con oro
de sol y plata de luna,

y nada sus ansias calma...
Teje, teje y teje, presa
de anhelos inextinguibles...

¡Ay, quién no lleva en el alma
encantada una princesa
tejedora de imposibles!

XXV

Desde que te hallas ausente,
cada verso que te escribo
es una lágrima... Vivo
mi pasado en mi presente.

¿Tu blanca mano no siente
latir mi pecho cautivo,
en el ritmo fugitivo
de cada estrofa doliente?

No es un papel, dueño mío.
Es mi alma lo que te envío...
Pobre alma dolorida

que va tus manos buscando,
por cada verso sangrando,
que es cada verso una herida!

XXVI

¡Aquella sonrisa!... Era
tan dulce que parecía,
al hablar, que florecía
de pronto la Primavera!

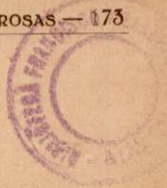
Como bajo una palmera
mi dolor adormecía,
mitigando mi agonía
con la piedad de su: —¡espera!

Desangrándose entre abrojos
agonizan mis quebrantos...

¡Ven á darme tu consuelo,

para que mis pobres ojos,
cual los ojos de los santos
se vidrien mirando el cielo!

CADENAS DE ROSAS



I

Con tu flotante túnica jacinto,
que á tus hombros sujeta un camafeo,
en cuyas gemas cinceló el deseo
todos sus simulacros, y tu cinto

de hieródula, de un oro casi extinto,
empuñando la antorcha de Himeneo,
en los umbrales de mi amor te veo,
cual si acabaras de bajar de un plinto.

¡Oh, quién fuera, mujer, la áurea serpiente
que se enrosca á tu brazo! Lentamente,
mi achafada cabeza extendería

hasta la flor abierta de tu seno,
y mi aguijón en él te dejaría
el olvido mortal de su veneno.

II

El tedio de la vida cotidiana...
Siempre igual... siempre igual... Es el presente
un desagrado, un gesto displicente;
el ayer una lágrima; el mañana

una sonrisa... ¿Sonreirás, hermana
de mis sueños, pensando en que el ausente
se detenga al pasar? La vieja fuente
sus collares de lágrimas desgrana

en el silencio del jardín florido.

Dice el agua al pasar: —Recuerda y sueña!—
mientras el corazón solloza: —Olvido...

¡Y otra vez hacia mí risueña avanzas,
y tu mano infantil de nuevo es dueña
de todos mis recuerdos y esperanzas!

III

Al verte, dije al corazón: —¿Es ella?,
y el corazón me respondió: —¿Lo dudas?
Verás, si al cabo su pudor desnudas,
entre sus senos fulgurar tu estrella.

Es ésta y es la otra y es aquélla;
todas al par. Si con su amor te escudas,
rebotarán en él las más agudas
saetas del destino, que es tan bella,

que su propia belleza infunde miedo
á la muerte!—y calló... Desde aquel día
creo en la eternidad, porque no puedo

ni presentir, ni sospechar siquiera,
que una pasión tan grande cual la mía,
bajo el olvido de la tierra muera.

IV

Cuando cautiva estés en tierra extraña,
la púrpura y el oro del Poniente,
¿no te recordarán el refulgente
y victorioso pabellón de España?

Entonces sufrirás la hosca y huraña
tristeza del destierro. Entre la gente
sola te encontrarás, y una imprudente
lágrima ha de temblar en tu pestaña.

Y acaso entonces mi recuerdo sea
quien tu lágrima enjague. Y cuando mires
tu pobre vida sucumbir esclava

del áurea vanidad que te rodea,
quizás, pensando en mi dolor, suspires:
—¡Era pobre, es verdad, pero me amaba!

V

¡Oh!, dime triste huérfano, ¿en qué hora
tu angustia fué mayor? ¿Cuando abrazado
al cuerpo maternal te vió el helado
azulor mortecino de la aurora,

ó al contemplar, de la mujer que adora
tu ardiente corazón enamorado,
el blanco rostro, en lágrimas bañado,
sabiendo, triste, que por tí no llora?

¿Qué hora fué para tí más larga y triste?...
¡Tú bien lo sabes, pobre boca mía,
que aún palideces recordando aquella

lágrima que en tus labios absorbiste...
Más que una perla humana parecía
ópalo desprendido de una estrella!

VI

Miraron los espejos familiares
bajo las tenues luces, cómo inquieta,
la temblorosa mano del poeta
iba desengarzando los collares

de tu cuello y los broches tutelares
de tu pálida túnica violeta,
hasta que alegre apareció completa
tu desnudez de lirios y azahares.

La brisa se embriagó con la fragancia
que tus jardines íntimos aroma,
y tus secretos me contó al oído,

mientras el sol, al alumbrar tu estancia,
al imposible, como una paloma,
sobre tus senos sorprendió dormido!

VII

Aún muestra el muro su tapiz de hiedra
y aún aroma el balcón, el jazminero,
y en la paz silenciosa del sendero
el musgo humilde reverdece y medra.

Sobre el banco romántico de piedra
que custodia el ruinoso invernadero,
si nunca has de venir ¿por qué te espero?
La soledad de tu jardín me arredra.

Todo el jardín, las fuentes y las flores
perfuman de imposible mis amores.

Y el suspirar del agua que me arrulla,

y el temblor de la brisa entre las ramas,
dicen á mi ilusión: —¿Por qué le amas
si jamás, pobre iluso, será tuya?

VIII

En la fresca esmeralda del paisaje,
al ritmo fugitivo de tu paso,
con las suntuosidades del ocaso
se enjoyaban las sedas de tu traje.

Tanta fastuosidad era un ultraje
á mi pobreza, que apurando el vaso
de su dolor, tras tu brial de raso
humilde caminaba igual que un paje.

Y allí solos los dos, pudo haber sido
realidad el ensueño de mi vida...

De tanto respetarte, te he perdido.

¡Para ti no hay remedio, alma dolida,
porque bajo el cauterio del olvido
se agrandan más las llagas de tu herida!

IX

Si yo fuese un orfebre florentino,
sobre el cristal de una esmeralda clara
con unción religiosa, cincelara
la línea audaz de tu perfil latino.

Y en el más puro oro, en el más fino,
después, como una lágrima engarzara
la verde gema, para que brillara
en medio de tu seno alabastrino.

Y si fuera pintor ¡con qué cuidado,
con mi pincel, por el amor guiado,
diluirlía en la cándida vitela

de un abanico tu sutil figura,
entre el rosa fragante y la frescura
de un florido paisaje de acuarela!

X

En el naufragio de tu vida rota,
yo no sé por qué mago sortilegio,
conservas los prestigios de tu regio
blasón florilizado. Gota á gota

apuras tu dolor, con la devota
resignación de un mártir, y tu egregio
corazón supo hacer un florilegio
con las tristezas de tu gran derrota.

Donde pones los dedos, nacen flores;
tu mirada es oasis de reposo
y tu sonrisa fuente de alegría...

Tus manos fueron para mis dolores,
como para las llagas del leproso,
las santas manos de Isabel de Hungría.

XI

Horas de intimidad. En el austero
recogimiento de la vieja sala,
por el oasis del balcón, exhala
su perfume de plata el jazminero.

La llama del dorado candelero
tiembla con una suavidad de ala,
y por tu cuello de marfil resbala
en irisadas fugas de lucero.

Bajo tu mano pálida, un suave
suspiro de Jommelli lanza el clave.
Y en la encantada cornucopia miro

palidecer tu faz, al ritornelo
de una mirada, mientras tu pañuelo
ahoga el romanticismo de un suspiro.

XII

Me hablabas... Tus palabras armoniosas
no eran música sólo... Se dijera
que eran luz, suavidad... (Tu cabellera
¿no me envolvió en sus sedas temblorosas?)

¿no acarició mi mano las gloriosas
ánforas de tus senos?)... Tu voz era
un perfume también... (La Primavera
¿no vertió sobre mí todas sus rosas?)

Viví una eternidad en un segundo...
Oyéndote ¿quién piensa que en el mundo
pueda existir el mal?... Paz de los cielos

el paraíso de la vida aroma...
(¡Se durmió la serpiente de mis celos
bajo tus blancas alas de paloma!)

XIII

Un —¡espera!, un —¡recuerda!, es cuanto queda
de tu voz en mi oído... ¡todo es eso!...
¡Nunca en tus labios floreció mi beso!
¡Jamás mis sueños perfumó la seda

de tus cabellos!... Bajo la arboleda
nos dijimos ¡adiós!... Y en un exceso
de orgullo y de rencor, quitóse el preso
sus cadenas de rosas... ¡Dios conceda

á tu alma la dicha ambicionada!
Yo, en las frías tinieblas de la nada
con pasos de sonámbulo me pierdo...

Y ahullando de dolor, sobre la arena
del pasado, mi vida es una hiena
devorando el cadáver de un recuerdo!...



XIV

En la blanca terraza que el ramaje,
del vecino jardín, del sol protege,
¿el blanco ensueño de tus manos teje
otro sueño, más pálido, de encaje?

¿Aún sientes las nostalgias de un viaje
que del paisaje familiar te aleje?
Nuevo cielo... Otro estanque que refleje
la novela de amor de otro paisaje...

Novedades sin fin... Montes, barrancas,
verdes montañas y casitas blancas...

Un río, una ciudad, una laguna...,

el mar azul y el escondido puerto...
Y tú y yo, los dos juntos, á la luna,
sobre las soledades del desierto!

XV

¿Dónde la blanca casa y el furtivo
idilio entre los álamos? La clueca
con sus áureos polluelos, y la rueca
de plata donde hilabas, bajo el vivo

oro del sol? Tu rostro pensativo
palideció al sentir una hoja seca
rozar tu sién... Tu voz tuvo una hueca
sonoridad de tumba. En un olivo

graznó, al volar, un cuervo, proyectando
lo fugaz de su sombra... A su aleteo
todo tu cuerpo se quedó temblando...

Mas ni un grito, ni un gesto proferiste...
Y desde entonces sin cesar te veo
pálida y muda, resignada y triste.

XVI

Se extingue dulcemente. Sólo un grano
queda, no más, en su reló de arena...

¡Verso, florece como una azucena
en la mística albura de su mano!

Ni lágrimas, ni rezos... Todo en vano...
Se muere de ser pura, hermosa y buena...
Embellecen las lágrimas su pena...

¡Signa tu frente, verso, y sé cristiano!

Amortajad su palidez de perla
con la luna, y venid á sostenerla
con azucenas, que después seréis,

¡oh, mis blancas y místicas canciones!,
ángeles que sus restos transportéis
en el Milagro de las Ascensiones.

XVII

A solas se encerró con su secreto
igual que en una tumba. Nadie sabe
la razón de su pena, ni la clave
de su felicidad, ni aun el objeto

que oculta bajo el manto. ¿Un amuleto
contra el olvido? ¿O quizás la llave
de un recuerdo? ¡La vida ante su grave
serenidad se postra con respeto!

Hasta sus ojos tienen la ceguera
de una antigua escultura... Se dijera
que es de mármol también... ¿Será uno de esos

Angeles que en las viejas Catedrales,
guardan los sueños para siempre presos
en la paz de las urnas sepulcrales?

XVIII

¡Amor, terrible amor, que siempre has sido
bandido en tierra y en el mar pirata!...

¡Mis galeras cargadas de oro y plata
en tus rapaces manos han caído!

En vano sin cesar te he perseguido...
¡oh, vil ladrón que acariciando mata!,
hasta que al fin te hallé en una ingrata
pupila de mujer, adormecido!

Prisionero de guerra, amor, te he hecho,
en la propia cubierta de tu nave,
y no esperes que indulto te conceda!...

Te encerraré en la torre de mi pecho,
y echaré al fondo de la mar la llave,
para que nadie libertarte pueda.



XIX

En el hondo silencio cartujano
de estos amores vagos é inconcretos,
para acuñar tu imagen en sonetos
fué infatigable en la labor mi mano.

A golpe de cincel domé el arcano
del sonoro metal, y sus secretos
maravillosos fueron amuletos
contra los dientes del dolor humano.

¡Más que nosotros vivirán! Un hombre
humilde, en una época lejana,
bajo la tierra encontrará el tesoro...

Y en el metal descifrára tu nombre
de dulce y pía emperatriz cristiana
al pie de tu perfil tallado en oro.

XX

Para guardar los últimos despojos
de estos amores trágicos y raros,
en el bloque más cándido de Pharos,
con firme pulso y vigilantes ojos,

cincelaré un sepulcro. Y sobre rojos
almohadones de pórfido, los claros
y pétreos sueños de este amor, avaros
custodiarán tu porvenir de hinojos.

Refulgentes de oros y de gemas
entierro tu recuerdo en mis poemas,
como en un Escorial de pedrería.

Y para custodiarte, eternamente,
sobre tu tumba doblará la frente
el ángel tutelar de mi Poesía.

FIN



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
OFRENDA.....	7
 LÁMPARAS VOTIVAS:	
Te envuelve impenetrable y refulgente.....	11
 LOS JARDINES DEL IDILIO:	
I.—¿Aún conserva el jardín su regio encanto?.....	15
II.—¿Aún subes á los altos palomares	17
III.—La tarde gris. El cielo entristecido.....	19
IV.—¿Aún al viejo jardín bajas temprano.....	21
V.—El jazminero la ventana aroma.....	23
VI.—¿Por los verdes senderos de tu huerto	25
VII.—¿Sus paisajes de plata en tu ventana.....	27
VIII.—En la nocturna soledad derrama.....	29
IX.—En tu propio palacio eres cautiva.....	31
X.—Tú también, tú también sientes la huraña.....	33
XI.—Todo nos fué propicio en aquel día.....	35

XII.—¿Aún amas lo imposible? ¿En la morisca.....	37
XIII.—La fiera de mi carne está ya ahita	39
XIV.—Eres más frágil que la porcelana.....	41
XV.—¡Acuérdate de mí!... Tu voz, la brisa.....	43
XVI.—Estoy triste, Señor... Anhelos siento	45
XVII.—¿Siempre será la negra vestidura.....	47
XVIII.—No volveré á gozar en tu mirada	49

SUAVIDADES PARA LA SUAVE:

I.—Tienes facciones tan finas.....	53
II.—«¡Amor imposible!...» Lloro	55
III.—Nieva... La ciudad reposa.....	57
IV.—¡Cuanto gozara á tu lado	59
V.—Rui señor, ¿qué pena es esa	61
VI.—¡Cuántas veces!, ¡cuántas veces	63
VII.—En el viejo invernadero.....	65
VIII.—Corazón y fantasía.....	67
IX.—Ella descansando ahora.....	69
X.—Amor dobla la cabeza	71
XI.—Retuvo mi mano amante	73
XII.—Toda la angustia sufrida	75
XIII.—El rostro en llanto deshecho.....	77
XIV.—Dijeron á mis tormentos.....	79
XV.—¡Fatalidad del destino	81
XVI.—¿Por qué tu amor me intimida.....	83
XVII.—¡Qué pena puede igualar	85

... BAJO AQUELLA PAZ...

I.—Y bajo aquella paz, con la alegría	89
II.—Ninguna gema te prestó su alhago	91
III.—Suspende, corazón, ese alborozo.....	93
IV.—Trémulo el flanco y palpitante el seno	95
V.—Tarde de otoño... Paz... No hay una nube	97
VI.—De blanco en la marmórea escalinata... ..	99
VII.—Me fatiga la música. Retira.....	101
VIII.—Cuando en inmundo tálamo deshecho.....	103
IX.—Yo le pregunto á veces con respeto.....	105
X.—Para el lírico ensueño de mi vida.....	107
XI.—Mano que yo besé tímidamente.....	109
XII.—La madreselva que al balcón se enreda... ..	111
XIII.—¡Oh, tu blanco regazo! ¡En él quisiera.....	113
XIV.—Cara á mis ojos y á mis manos cara	115

EL ROSARIO DE AMATISTAS

I.—¿De qué valen torreones.....	119
II.—Un sueño fué mi pasado.....	121
III.—Que partieras fué preciso	123
IV.—Tu cuerpo en la danza gira	125
V.—De la estéril florecencia	127
VI.—Lloran de pena las aves.....	129
VII.—¡Qué angustioso padecer!	131
VIII.—Esta es la misma glorieta	133

IX.—Tu nombre es como un aroma.....	135
X.—Igual que la luna llena	137
XI.—En el campanil cercano	139
XII.—¡Gaviota, gaviota!.....	141
XIII.—Tu recuerdo me acompaña.....	143
XIV.—El sol incendia el Poniente.....	145
XV.—¡Oh, las noche venturosas!.....	147
XVI.—Más lágrimas que derrama.....	149
XVII.—Cuando casi en los confines.....	151
XVIII.—Suave como la azalea	153
XIX.—En tu cámara atesoras.....	155
XX.—Fuiste como el arca santa.....	157
XXI.—A un mármol clásico igualas.....	159
XXII.—Qué me importa la distancia.....	161
XXIII.—Qué vale adarga y loriga.....	163
XXIV.—Pasa día y noche una	165
XXV.—Desde que te hallas ausente.....	167
XXVI.—¡Aquella sonrisa!... Era.	169

CADENAS DE ROSAS:

I.—Con tu flotante túnica jacinto.....	175
II.—El tedio de la vida cotidiana	175
III.—Al verte dije al corazón —¿Es ella?.....	177
IV.—Cuando cautiva estés en tierra extraña.....	179
V.—¡Oh, dime triste huérfano ¿en qué hora.....	181
VI.—Miraron los espejos familiares.....	183

VII.—Aún muestra el muro su tapiz de hiedra.....	185
VIII.—En la fresca esmeralda del paisaje... ..	187
IX.—Si yo fuese un orfebre florentino.....	189
X.—En el naufragio de tu vida rota.....	191
XI.—Horas de intimidad. En el austero.....	193
XII.—Me hablabas... tus palabras armoniosas	195
XIII.—Un —¡espera!, un —¡recuerda! es cuanto queda.	197
XIV.—En la blanca terraza que el ramaje.. ..	199
XV.—¿Dónde la blanca casa y el furtivo.....	201
XVI.—Se extingue dulcemente... Sólo un grano.....	203
XVII.—A solas se encerró con su secreto.	205
XVIII.—¡Amor, terrible amor, que siempre has sido...	207
XIX.—En el hondo silencio cartujano.....	209
XX.—Para guardar los últimos despojos.....	211



Obras de Francisco Villaespesa

POESÍA

Intimidades.

Flores de almendro.

Luchas.

Confidencias.

La Copa del Rey de Thule.

El alto de los bohemios.

Rapsodias.

Las canciones del camino.

Tristitiæ Rerum.

Carmen.

El patio de los Arrayanes.

Viaje sentimental.

El mirador de Lindaraxa.

El libro de Job.

El jardín de las Quimeras.

Las horas que pasan.

Saudades.

In Memoriam.

Bajo la lluvia.
Torre de marfil.
Andalucía.
Los remansos del crepúsculo.
El espejo encantado.
Los panales de oro.
El balcón de Verona.
Palabras antiguas.
Jardines de plata.
Collares rotos.
El libro de los sonetos.
El velo de Isis.
Lámparas votivas.

EN PRENSA

Las palmeras del Oasis.
La cisterna.
La musa gitana.
La casa del Pecado.
Ajimeces de Ensueño.

PROSA

El Milagro de las Rosas.
El último Abderramán.
La venganza de Aischa.
Zarza Florida.

Breviario de amor.

Vida y Arte.—I: Julio Herrera Reissig.

Las joyas de Margarita.

Las granadas de rubíes.

Fiesta de poesía.

Las garras de la pantera.

EN PRENSA

La tela de Pénélope.

La torre de la cautiva.

El libro de los milagros.

TEATRO

El Alcázar de las Perlas (tragedia árabe en cuatro actos y en verso).

Doña María de Padilla (drama histórico en tres actos y en verso).

El Rey Galaor (tragedia en tres actos y en verso, inspirada en un poema de Eugenio de Castro).

Judith (tragedia bíblica en tres actos y en verso).

Era él (poema en un acto y en verso).

Ensueño de una noche de invierno (poema lírico en tres cantos y en verso; música de Ramón M.^a Montilla).

Aben-Humeya (tragedia morisca en cuatro actos y en verso).

El Halconero (poema trágico en tres actos y en verso).

El Idolo roto (comedia en un acto y en prosa).

Un nocturno de Chopín (comedia romántica en un acto y en prosa).

Pascua de Resurrección (comedia en un acto y en prosa).

La Leona de Castilla (tragedia castellana en cuatro actos y en verso).

El Pirata (poema trágico en tres actos y en verso).

La Maja de Goya (episodio dramático en cuatro actos y en verso).

La Cenicienta (poema en un acto y en verso).

TRADUCCIONES

Hernani (de Víctor Hugo).

La Gioconda (de Gabriel D'Anunzio).

La Cena de los Cardenales (de Julio Dantas).

Rosas de todo el año (de Julio Dantas).

Don Beltrán de Figueroa (de Julio Dantas).

Dolor supremo (de Marcelino Mezquita).

Almas enfermas (de Marcelino Mezquita).

La Hostelera (de Goldoni).







Santísima Trinidad, 12

